

América Latina entre dos Sarajevos

MARCOS KAPLAN

Resumen

El autor pone énfasis en las constantes históricas —crisis estructurales permanentes— que a lo largo del siglo XX han caracterizado el desarrollo de América Latina. Dichas constantes han sido alimentadas por el afán de imitación que los países latinoamericanos han hecho de los modelos de desarrollo externos. Ello ha ocasionado que la anhelada incorporación de estas naciones al ámbito internacional se haya dado de manera “subordinada”. A partir de esta premisa, el autor va analizando los cambios que en el nivel internacional se han suscitado a fines del siglo y las consecuencias que los mismos han acarreado hacia el interior de los países periféricos. Asimismo, discute el nuevo sistema internacional, caracterizado por múltiples cambios en lo político, lo económico y lo tecnológico; es decir, un sistema basado en la “integración transnacional” o “globalizante”.

Abstract

The author places an emphasis on the historical constants —permanent structural crises— that, throughout the 20th century, have characterized Latin American development. These constants have been fed by the imitative desire that Latin American countries have had for external developmental models. The outcome has been such, that these nation's longing to incorporate to the international environment, have produced a “subordinate” manner. Starting from this premise, the author analyzes the changes that, on an international level, have taken place at the end of the century and the consequences they have produced inside the peripheral countries. Also, the author discusses the new international order, characterized by changes in politics, economics and technology; *i.e.*, a system based on the “transnational integration” or “globalizing”.

En lo que Eric Hobsbawm llama el *breve siglo XX*, entre las dos fechas altamente simbólicas, de Sarajevo 1914 a la década de la caída del Muro de Berlín, los principales países de América Latina y la región en su conjunto pasan por una serie de periodos de intentos de más y mejor inserción en la economía y la política mundiales y, con ello, de logros en cuanto a cierto crecimiento económico, algún desarrollo social, algunos progresos en la democratización

y el avance hacia un Estado de derecho. Todo ello se da en diferentes grados como una variable combinación de logros y fracasos en las dimensiones indicadas.

Constantes históricas y fase de transición

En las ocho décadas del *breve siglo xx* se siguen desplegando y se acentúan ciertas *constantes* de la historia latinoamericana. Desde la independencia y la organización nacionales hasta el presente, el desarrollo de los países latinoamericanos se ha dado en los contextos de una incorporación más o menos subordinada al sistema económico-político internacional. Los modelos y proyectos de desarrollo nacional se han elegido y cumplido —siempre con desfases— bajo los condicionamientos impuestos por las sucesivas etapas y centros del capitalismo, los patrones de acumulación y los paradigmas tecnológico-productivos, las revoluciones industriales y científicas, la internacionalización y luego la transnacionalización, las fases de división internacional del trabajo, las luchas por la hegemonía y sus desenlaces. Dentro de la misma constelación de constantes históricas se han dado la organización de la economía, la sociedad y el sistema político de las naciones latinoamericanas, y los grados de intervencionismo, autonomización y rectoría del Estado, así como las crisis de unas y otros.

Los prototipos, proyectos y realizaciones de economía, sociedad, cultura y Estado, y de crecimiento y modernización, han sido transplantados por las élites, públicas y privadas, desde los países desarrollados a los latinoamericanos, interiorizados como componentes nacionales, con su historia y su especificidad, sus propias redes de formas y dinámicas. Han sido además *anticipatorios* respecto de las premisas y bases que deberían haber tenido, y a los contenidos y resultados que pretendieron tener o que prometieron lograr.¹

Esta incorporación subordinada convierte al sistema económico-político mundial y a los patrones de división internacional del trabajo en marcos de referencia impositivos y cambiantes. Se impone y acepta la restructuración interna como ajuste pasivo a las coaccio-

¹ Véase Marcos Kaplan, *Formación del Estado nacional en América Latina*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1969, 1a. edición y sucesivas ediciones en Buenos Aires, Amorrortu Editores; y Marcos Kaplan, *El Estado latinoamericano*, México, UNAM, 1996.

nes externas, para posibilitar la inserción internacional, el crecimiento, la instauración y continuidad del sistema de dominación y del Estado.

La búsqueda de caminos de desarrollo mediante la importación de fórmulas y formas externas, con el consiguiente peligro de desajuste y retraso, lleva además a subestimar o negar la importancia y la necesidad de producir internamente los prerequisites, los componentes y resultados del crecimiento, la modernización, el cambio social, el Estado-nación, la democracia y la cultura. Los países latinoamericanos carecen de los similares o equivalentes fenómenos y procesos del Renacimiento y la Reforma religiosa, el Siglo de las Luces, el espíritu y la praxis de la burguesía conquistadora y la empresa capitalista, la sociedad civil, la revolución democrática, el principio de ciudadanía, el Estado de derecho.

Desarrollo, Estado-nación soberano, democracia, imperio de la ley, han sido siempre proyecciones anticipatorias y promesas incumplidas, completamente o en grado significativo, por la carencia de los reales prerequisites, componentes, bases y fuerzas reales, y de resultados y mecanismos de refuerzo y multiplicación. El desarrollo, el Estado, la democratización se van dando en oleadas, con flujos y reflujos, avances y retrocesos, recuperaciones y regresiones, inclusiones y exclusiones.

Así, en una *primera fase*, en el contexto y bajo la sombra del ascenso y triunfo del desarrollo capitalista, la Revolución industrial y la hegemonía británica, se dan la construcción del Estado y de un sistema político elitista-oligárquico o democracia de participación restringida; la organización de una economía dependiente y de una sociedad fuertemente polarizada y desigual; la aplicación de un modelo de desarrollo dependiente, extravertido, agromineroexportador.

Entre la fase de organización nacional y la de crisis estructural permanente, existe una *fase de transición*, aproximadamente desde fines del siglo XIX hasta 1930. Ella se perfila por la convergencia y entrelazamiento de una gama de cambios en el sistema internacional y sus efectos desequilibrantes y dinamizadores en lo interno.

En lo *internacional* inciden las transformaciones en las metrópolis y en sus relaciones con las semiperiferias y periferias; la segunda Revolución industrial; el tránsito del capitalismo liberal al capitalismo monopolista; luchas por la hegemonía; catástrofes militares

(1914) y económicas (1918). De particular importancia para América Latina son la decadencia de Europa como centro del sistema mundial, el ascenso de nuevas potencias extraeuropeas (Estados Unidos, Japón) en competencia con las del Viejo Continente, la emergencia de una potencia no capitalista (Unión Soviética), el comienzo de la rebelión colonial. Las reestructuraciones en el sistema internacional contribuyen a producir crisis sociales y políticas en las periferias y semiperiferias del sistema (China, Turquía, Irán, Egipto, México).

En el *interior* de los principales países se dan los avances del crecimiento parcial y la modernización superficial (primera industrialización, urbanización, diversificación cultural e ideológica); el incremento de las clases medias y populares y de sus presiones en favor de la ampliación de la participación social y política; viejos y nuevos desequilibrios y conflictos; una primera crisis de la dominación elitista-oligárquica tradicional; el avance relativo de la democratización y del régimen democrático-liberal; la reafirmación y el aumento del intervencionismo y la autonomización del Estado.

Estos fenómenos y procesos se expresan en la llegada al gobierno de clases medias apoyadas en segmentos de las clases populares de la ciudad y el campo (battlismo en Uruguay, partidos radicales en Chile y Argentina); la Reforma Universitaria; la Revolución mexicana; la crisis oligárquica, el tenentismo y el ascenso del varguismo en el Brasil; el nacimiento y avance del aprismo peruano.

Estas tendencias se ven limitadas y modificadas por dos órdenes de factores. Por una parte, las limitaciones de partidos y regímenes de clases medias con apoyos populares subordinados, y su rápida búsqueda de compromisos con el Estado y la dominación oligárquica tradicional. Por la otra, el impacto de las crisis y cambios interiores y mundiales que se suceden y entrelazan desde 1930, como parte de la fase de crisis estructural permanente.²

La crisis estructural permanente

En lo que llamo *era de la crisis estructural permanente*, extendida desde los años treinta hasta el presente, *parámetros externos e internos* se entrelazan y se refuerzan mutuamente.

² Véase Marcos Kaplan, *Formación del Estado...*, op. cit., cap. 7.

Los países latinoamericanos son reubicados y se reubican en un sistema internacional caracterizado por la *interdependencia asimétrica* y la apertura virtualmente continua de una *brecha diferencial* entre países desarrollados-centrales-dominantes, que tienen o pueden adquirir un estatus de potencia, por una parte, y países en desarrollo o de desarrollo insuficiente-periféricos-subordinados, con baja probabilidad de progreso autónomo y de ascenso en la jerarquía.³

Los países latinoamericanos ven reajustada su inserción internacional por la incidencia de la *constelación* que constituyen: la concentración del poder en escala mundial; la mutación en los centros desarrollados; la tercera Revolución industrial y científico-tecnológica (III RICT); un nuevo patrón de acumulación y un nuevo paradigma tecnológico-productivo; la transnacionalización; la Nueva división mundial del trabajo (NDMT). A esa constelación se hace referencia cuando se usa el término *globalización*, sobre cuyo significado y alcances sigue abierto el debate.⁴

La tercera Revolución industrial-científica-tecnológica (nuevas energías, teleinformática, nuevos materiales, recreación de la industria, terciarización, genética), contribuye a la emergencia, en los centros mundiales y en su irradiación hacia las periferias, de un nuevo *patrón de acumulación* y un nuevo *paradigma tecnológico-productivo*, cuyo núcleo organizador es el *complejo económico-tecnológico* constituido por y alrededor de la electrónica. Ellos son la respuesta de las grandes organizaciones estatales y empresariales de los países avanzados a la crisis producida hacia los años 1960, debido a la limitación o el agotamiento de las capacidades del patrón tecnológico-productivo surgido en la posguerra, con el fin de resolver las restricciones planteadas por la oferta decreciente y el costo creciente de los insumos de la acumulación (materias primas, energía, fuerza de trabajo).⁵

³ Sobre las relaciones Norte/Sur, véase Abdelkader Sid-Ahmed, *Nord-Sud: les enjeux (théorie et pratique du nouvel ordre économique international)*, París, Publisud, 1981; Roger D. Hansen, *Beyond the North-South statement*, Nueva York, McGraw-Hill, 1979.

⁴ Sobre el estado actual del debate en torno a la globalización, véase Richard Stubbs y Geoffrey R.D. Underhill (eds.), *Political economy and the changing global order*, Toronto, M & S, 1994; Jeffrey A. Frieden and David A. Lake, *International political economy: perspectives on global power and wealth*, Nueva York, St. Martin Press, 1995; Barbara Stallings (ed.), *Global change, regional response: the new international context of development*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

⁵ Véase Marcos Kaplan, *Ciencia, Estado y derecho en la tercera revolución*, t. IV, en Marcos Kaplan (coord.), *Revolución tecnológica, Estado y derecho*, México, UNAM/Pemex, 1997.

El nuevo *paradigma* económico-tecnológico es modelo orientador y normativo, aplicado e impuesto como parte de los parámetros externo-interno indicados, *incluyente* de lo que se ajuste a los parámetros indicados, pero correlativamente *excluyente* de los descubrimientos e innovaciones, los patrones de producción, inversión y consumo irrelevantes o divergentes respecto de tales parámetros.⁶ Patrón y paradigma amplifican y universalizan la tendencia histórica al *desempleo estructural*.⁷ El *papel intervencionista y rector del Estado* en la economía y la sociedad es mantenido, aunque reorientado en sus fines y contenidos como requisito y componente indispensable de la reestructuración.⁸

La *transnacionalización* va de la mano con una *nueva división mundial del trabajo*.⁹ A través de los *mercados mundiales de trabajo* y de *emplazamientos industriales*,¹⁰ inversiones, flujos de recursos, unidades de producción, se expanden y se desplazan, se dispersan y se reintegran, de diferentes maneras. Un vasto movimiento mundial de *redespliegue, reubicación y relevo*, reordena y redistribuye papeles, funciones y posibilidades de producción y crecimiento respecto de regiones, países, ramas productivas, bienes y servicios, empresas, clases y grupos, organizaciones, instituciones, estados.

Las economías de los países capitalistas centrales conservan y refuerzan en conjunto el control mundial de los grandes flujos tecnológicos y científicos, comerciales y financieros. En ellas se desarro-

⁶ Véase Hugo Nochteef, "El nuevo paradigma tecnológico y la simetría Norte-Sur", *Revista del Derecho Industrial*, año 11, núm. 33, Buenos Aires, Depalma, septiembre-diciembre de 1989.

⁷ Véase Jeremy Rifkin, *The end of work: the decline of the global labor force and the dawn of the post-market era*, Nueva York, G.P. Putnam's Sons, 1995.

⁸ Sobre la evolución del papel económico del Estado véase Marcos Kaplan, "La empresa pública en los países capitalistas avanzados", en Marcos Kaplan (coord.), *Crisis y futuro de la empresa pública*, México, UNAM/Pemex, 1994, pp. 9-198. Sobre el debate acerca del Estado en la globalización, véase Mathew Horsman y Andrew Marshall, *After the nation-State: citizens, tribalism and the New World disorder*, Londres, Harper Collins, 1994; Kenichi Ohmae, *The end of the nation-State: the rise of regional economies*, Nueva York, The Free Press, 1995; Robert Boyer and Daniel Drache, *State against markets: the limits of globalization*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996.

⁹ Sobre el proceso de constitución de una economía mundial, véase Fernand Braudel, *The structures of everyday life: civilization and capitalism 15th-18th century*, 3 vols., Nueva York, Harper and Row Publishers, 1979, 1982; Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, 3 vols., México, Siglo XXI Editores, 1979, 1984.

¹⁰ Véase F. Fröbel, J. Heinrichs y O. Kreye, *La nueva división internacional del trabajo*, México, Siglo XXI Editores, 1977.

llan las industrias más capital-intensivas, los focos fundamentales de la investigación científica y la innovación tecnológica, las avanzadas de producción y de nuevos productos. Desde los mismos centros se exportan industrias trabajo-intensivas y contaminantes, y algunas industrias básicas, a los países en desarrollo con bajos costos salariales y sociales y considerables mercados (actuales o potenciales).¹¹

El movimiento global de *redespliegue, deslocalización y relevo*, por el impulso, bajo el control y en beneficio de las empresas transnacionales y estados de los países avanzados, impone a los países en desarrollo las prioridades y orientaciones, los rasgos y los efectos de la *dependencia financiero-tecnológica*, la *especialización restructurante* y la *descapitalización*.

Durante el medio siglo de la bipolaridad y la guerra fría, y sobre todo después de su fin, con el desplome de la potencia soviética y su bloque y el paso a una fase de potencial o real uni o multipolaridad, los estados y empresas transnacionales de los países desarrollados, y las instituciones financieras internacionales, actúan cada vez más como centros de poder externos a Latinoamérica. Toman decisiones fundamentales en cuanto a movimientos comerciales, términos de intercambio, flujos de capitales, reservas monetarias, tecnología, capacidad de importar, endeudamiento, regímenes fiscales, control de recursos vitales. Ello contribuye directa e indirectamente a reducir la acumulación y la productividad de las economías de América Latina, la capacidad más o menos soberana de sus estados y sociedades para el desarrollo autónomo, y para la competitividad y la cooperación internacionales.

El proyecto político de los centros de poder del mundo desarrollado tiende a la *reestructuración* cada vez más *transnacional* o *globalizante* del capitalismo avanzado y de sus semiperiferias y periferias. Una dirección compartida de altos representantes de los poderes (corporativo, político, tecnoburocrático, científico-tecnológico y militar) de los países avanzados, y de dirigentes y personal de organismos internacionales (Comisión Trilateral, Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, Grupo de los Siete y ahora de los Ocho, reuniones-cumbre de jefes de Estado) apunta a la unidad

¹¹ Véase Pierre Judet, *Les nouveaux pays industriels*, París, Éditions Économie et Humanisme/ Les Éditions Ouvrières, 1981; Nigel Harris, *The end of the Third World: newly industrializing countries and the decline of an ideology*, Londres, Penguin Books, 1987.

de mando del sistema y del proyecto histórico, y a la disponibilidad de instrumentos y mecanismos de dirección conjunta. Sus poderes se concentran y sus decisiones se centralizan con los recursos de la ciencia y la tecnología, la informática y las telecomunicaciones, el financiamiento, los servicios de transporte y distribución, los aparatos ideológicos y coercitivos. Se redefine el modelo global del sistema internacional y de la sociedad. Se busca la *integración* de la economía y la política mundiales, en un sentido de interdependencia creciente, como precondition y rasgo de la variedad elegida de desarrollo. Los objetivos nacionales de cada país deben ser adaptados a los intereses y objetivos globales del modelo y el proyecto mundiales a imponer. Las vinculaciones entre países —y entre sus políticas internas y externas—, deben incrementarse y remodelarse para la constitución de un *nuevo orden mundial de propósitos compartidos*. Se otorga un papel primordial a las empresas transnacionales. Se propugna y busca la revisión del principio de *soberanía*, en un sentido restrictivo, y con ello todo lo que implique fronteras políticas, particularismos sociales y culturales, identidades nacionales y nacionalismo, el Estado-nación. Todos ellos son visualizados y tratados como obstáculos a la integración transnacional.¹²

El proyecto de integración globalizante es *reclasificador-concentrador-marginalizante*. Beneficia a una minoría relativa de actividades, sectores y ramas de la economía, de clases y grupos, de regiones y países en conjunto minoritarios, en desmedro de las que en conjunto constituyen mayorías nacionales y mundiales y se van convirtiendo en *poblaciones superfluas o redundantes*.

A las nuevas formas e implicaciones de la inserción internacional de los países latinoamericanos corresponden, como *parámetros internos* que son la otra cara endógena de una misma realidad, los procesos de crisis y restructuración agrarias, hiperurbanización y nuevos ordenamientos espaciales y equilibrios interregionales: una *industrialización sin Revolución industrial* que constituyen e integran un *camino/estilo de desarrollo neocapitalista tardío o periférico*.

¹² Sobre la situación actual del Estado-nación soberano en el contexto de la transnacionalización y eventualmente la globalización, véase Susan Strange, *The retreat of the State: the diffusion of power in the world economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996; David Held, *Democracy and the global order: from the modern State to cosmopolitan governance*, Stanford, Stanford University Press, 1995.

El neocapitalismo tardío o periférico se despliega en el contexto de la nueva división mundial del trabajo, en adaptación a ella y bajo sus coacciones, a través de los intentos y logros de especializaciones y nichos. Se da por el impulso —en interés y bajo el control de empresas transnacionales y gobiernos de potencias y países desarrollados—, de organismos internacionales, y de élites político-burocráticas y propietario-empresariales del interior, con asesoramiento y financiamiento externos.¹³

El neocapitalismo periférico asocia grandes empresas, transnacionales y nativas, que predominan en coexistencia con empresas poco productivas y rentables, y con núcleos y áreas de tipo atrasado o arcaico. Las producciones son especializadas primero en la sustitución de importaciones con destino al mercado interno, sus segmentos de grupos afluentes urbanos (medios y altos) y para el consumo popular de masas; y luego y cada vez más en la exportación a los centros desarrollados y con apelación a sus mercados e inversiones.

El financiamiento por la exportación, los préstamos e inversiones del exterior, el creciente endeudamiento externo, sustituyen al proceso autónomo de acumulación de capitales y de producción de cultura, ciencia y tecnología localmente generadas y controladas. Se combina la disponibilidad y el uso de mano de obra abundante-barata-controlada y de tecnología importada, con el intervencionismo proteccionista y regulador del Estado.

En escala mundial, de las regiones y de las naciones, se produce una triple disociación entre la economía primaria y la economía industrial, entre ambas y el empleo, y entre la economía real y la simbólica. A resultas de ello, Las *ventajas comparativas* de los países residen cada vez más en la capacidad para el uso de la *información*, y cada vez menos en la abundancia y baratura de materias primas, alimentos, energéticos y trabajo. Los países se diferencian cada vez más, según tengan o no las nuevas ventajas comparativas y los costos bajos. La economía de productos primarios y la economía industrial se disocian y se desarrollan de modo divergente. La economía industrial desvincula la producción y el empleo, crea (a través del *downsizing* y el *reengineering*) una tendencia mundial a la *desocupación estructural*. Los países latinoamericanos y similares de in-

¹³ Véase Marcos Kaplan, *El Estado latinoamericano*, op. cit.

ustrialización reciente o incipiente ven bloqueados los proyectos de desarrollo que pretenden basarse —primordial o exclusivamente— en la producción para la exportación de materias primas, alimentos, energéticos y semiterminados, con base en bajos costos de mano de obra e insumos y en reducidos componentes educativos y tecnológicos.

La *economía real* de de la producción y comercio de bienes y servicios va siendo remplazada por una *economía simbólica*, estructurada por los movimientos de capital, tipos de cambio, flujos de crédito. Ambas se independizan una de la otra, siguen caminos divergentes, aflojan sus nexos. La economía simbólica crece más que la real. En ella predomina la *espectrónica*, el capital financiero internacional que aprovecha a la telemática, para operar a través de la especulación y de la alta volatilidad de los mercados. Un *nuevo mercado financiero mundial* unificado en una red mundial electrónicamente integrada ignora las fronteras; predomina cada vez más sobre los actores y fuerzas de las economías, las sociedades y las políticas nacionales; plantea un problema de gobernabilidad a los estados, limita o desvirtúa sus decisiones y sus acciones; vuelve irrelevantes y fallidos los intentos de formular y aplicar políticas económicas auténticamente nacionales.

En un medio ambiente económico internacional problemático y tendencialmente desfavorable en las últimas dos décadas, el comercio mundial declina en relación con el crecimiento de la producción mundial. Las economías de los países avanzados y los *bloques productivo-comerciales* incrementan sus exportaciones en una doble dirección. Por una parte se desplazan del intercomercio al intracomercio, concentran gran parte de sus transacciones mercantiles y de sus inversiones entre ellas mismas. Por la otra, intensifican su competencia y aumentan su proteccionismo respecto de los países latinoamericanos y del Sur; les exigen la apertura en favor de sus propias exportaciones e inversiones; les imponen condiciones desfavorables en el comercio exterior y el financiamiento; incrementan sus exportaciones en esa dirección y disminuyen sus importaciones del mismo origen; realimentan la tendencia al deterioro de los términos del intercambio y a las balanzas comerciales y de pagos desfavorables. La salida de dinero desde los países empobrecidos hacia las potencias y países desarrollados, en exceso respecto de la entra-

da por comercio e inversiones y por ayuda, se alimenta de los déficit comerciales y financieros, la repatriación de beneficios, la fuga de capitales, los costos de la dependencia tecnológica, las obligaciones de pago de la deuda externa. Todo ello contribuye a la exportación neta de capitales, la escasez o carencia de divisas para el pago de deudas y de importaciones indispensables, la baja capacidad de ahorro interno, la cuasi fatalidad del *endeudamiento externo*.

El crecimiento (puramente cuantitativo) y la modernización (superficial o de fachada), sin transformaciones estructurales previas o concomitantes, se disocian de un posible desarrollo integral, lo bloquean e impiden. Los beneficios del crecimiento son monopolizados por grupos minoritarios. El crecimiento es insuficiente y distorsionante; presupone, incluye y refuerza la redistribución regresiva del ingreso, la depresión de los niveles de empleo, remuneración, consumo y bienestar para la mayoría de la población. Ésta se ve condenada a la frustración de sus necesidades y de sus expectativas de participación, a la reducción de sus opciones y posibilidades de progreso.

La naturaleza *reclasificadora, polarizadora y marginalizante* del camino de crecimiento presentado como desarrollo, se manifiesta, a la vez, en términos de países (brecha entre los centrales y los periféricos, y entre estos últimos); y en el interior de los países, entre ramas, sectores, polos urbanos y periferias regionales y locales, clases y grupos, instituciones.

El neocapitalismo periférico presupone e incluye, o desemboca para su legitimación, en un diagnóstico simplificado del subdesarrollo y el desarrollo, y una propuesta de desarrollo imitativo y repetitivo de lo que ocurrió —o se supone que ocurrió—, con Europa, Estados Unidos, Japón y el Asia Oriental y Sudoriental. Se legitima con una ideología organizada en torno de una *mística del crecimiento* como indefinido, ilimitado, unidimensional, unilinear, material y económico, cuantificable. Se le identifica con el *rendimiento*, el aumento del beneficio, la productividad, la producción, el consumo y la abundancia material equiparados al bienestar. El predominio de la idea de rendimiento tiene implicaciones en términos de reduccionismo, fatalismo y conformismo, selectividad destructiva.¹⁴

¹⁴ Sobre esta dimensión ideológica del crecimiento neocapitalista véase Marcos Kaplan, *Modelos mundiales y participación social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

Postulado y realizado en nombre, con participación y para beneficio de todos, el crecimiento se evidencia en las “décadas perdidas” de 1980 y lo que va de 1990, como un proceso de insuficiencia primero y luego de estancamiento y retroceso, incierto, confiscado por grupos minoritarios. Este crecimiento no elimina y por el contrario contribuye a producir pobreza, miseria, privación y marginalización para grupos en conjunto mayoritarios; es generador, componente y refuerzo de la polarización social y la conflictividad política. Los países latinoamericanos se ven abocados a una perspectiva de crecimiento nulo, de estancamiento y regresión; de crisis recurrentes y acumulativas; de ensanchamiento de la brecha del desarrollo.

Las políticas de ajuste y las reformas del Estado no siempre actúan en el sentido de la plena liberalización y la efectiva apertura e integración en la economía internacional; y pueden, por el contrario, complicarlas y obstaculizarlas. No logran la superación de la crisis y la reanudación del crecimiento; agravan el estancamiento y la regresión, el empobrecimiento y la frustración de grupos mayoritarios, la generación de población redundante, los obstáculos a la democratización y al imperio de la ley. Refuerzan y amplifican los conflictos sociales y políticos, las dificultades del Estado y la proclividad al uso de métodos autoritarios y represivos.

Aunque insuficientes e inadecuados, el crecimiento y la modernización diversifican y complejizan las fuerzas y estructuras, relaciones y procesos del sistema, y tienden a crear o a incrementar la heterogeneidad y la segmentación de la sociedad. Viejos y nuevos patrones de estratificación y movilidad se superponen y entrelazan, para someter a las clases y grupos, a las organizaciones e instituciones y a los individuos a condicionamientos múltiples y contradictorios. La transición no es consecuencia de un proyecto deliberado de clase, grupo o élite, para promover o aprovechar los cambios. Éstos se producen sobre todo por factores externos (crisis económicas, políticas y militares, nueva división mundial del trabajo, confrontaciones entre potencias y bloques), o como subproductos involuntarios e imprevistos de medidas coyunturales en favor del sistema y de las élites gobernantes y grupos dominantes.

Debilitada su hegemonía, la oligarquía tradicional se adapta y autotransforma como nueva élite oligárquica, flexible y permeable

para absorber y controlar los cambios. Son de aparición tardía, relativamente débiles, carentes de autonomía y de proyecto, tanto el empresariado nacional como las clases medias, los trabajadores y marginales urbanos, los grupos campesinos. Ellos pueden movilizarse y cuestionar la dominación tradicional, pero no afectarla seriamente ni imponer una alternativa de hegemonía y proyecto. En una notable situación de "empate histórico", la capacidad para regir la nación es perdida en parte por unos, sin ser totalmente ganada por otros.

En lo sociopolítico, la excepcionalidad se normaliza, la transición se vuelve permanente. Elementos de progreso, de estancamiento y regresión, una diversidad de fuerzas y formas heterogéneas, se entrecrocán y se entrelazan sin una reestructuración integradora bajo el signo de alguna racionalidad alternativa. Las ideologías (liberalismo, nacionalismo, populismo, desarrollismo, socialismos), y sus variaciones, combinaciones e híbridos, proliferan y coexisten, se combaten, se influyen y entremezclan. Los partidos, movimientos, regímenes políticos (demoliberales, de centroizquierda, desarrollistas pluralistas y autoritarios, nacionalpopulistas, neofascistizantes, socialistas reformistas y socialistas revolucionarios) se multiplican, diversifican y confrontan. Se crean o se refuerzan trabas para el logro de formas racionales de acción política, consensos amplios, respuestas a las interrogaciones y dilemas del desarrollo y a las crisis socioeconómicas y políticas. *La crisis política*, a la que luego vuelvo, tiende a generalizarse y a permanecer.¹⁵

A lo dicho se agrega la necesidad de considerar las implicaciones que para las economías y sociedades de América Latina, sus sistemas políticos y sus estados, tienen los efectos restrictivos y destructivos de lo que llamo un *triángulo diabólico*, económico-social-político.

Primer lado del triángulo: la *crisis y descomposición de la economía* se dan con la falta o irregularidad del crecimiento; las restricciones al ahorro interno, la acumulación de capitales, la inversión, la productividad, la producción, el empleo, la redistribución de ingresos y satisfactores de necesidades básicas.

¹⁵ Para el cuadro general y por países del proceso contemporáneo de América Latina, véase Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1969; Pablo González Casanova (coord.), *América Latina: historia de medio siglo*, 2 vols., México, Siglo XXI Editores, 1977 y 1981; Marcos Kaplan, *El Estado latinoamericano*, op. cit.

En condiciones de *capitalismo salvaje*, clases y grupos, ramas económicas y regiones, compiten en lucha exacerbada por el reparto de un producto nacional menguante. Surgen y predominan condiciones favorables a la monetarización y mercantilización de todo y de todos; al éxito económico a cualquier precio; a las actividades improductivas, de intermediación y especulación; al aprovechamiento de las oportunidades creadas por las crisis, la inflación y la corrupción. Crecen y se desarrollan la economía informal, la delincuencia organizada y la economía criminal.¹⁶

Las empresas de mayor fuerza financiera, de mejor acceso a los mercados y de relaciones privilegiadas con el Estado, predominan en desmedro de las actividades y empresas productivas, innovadoras, creadoras de empleo y distribuidoras de ingreso, inductoras de desarrollos progresivos en otras ramas. Los recursos humanos, los recursos naturales y el medio ambiente son objeto de una explotación deteriorante o destructiva.

El crecimiento bajo el condicionamiento de la integración internacional se da sobre todo bajo la forma de *enclaves* técnico-económicos y socioculturales, que contribuyen a la modificación de polos y ejes socioeconómicos, al surgimiento de otros nuevos, a la apertura de brechas y segmentaciones internas y a las viejas y nuevas rearticulaciones con fuerzas y dinámicas externas, por encima de las fronteras y dentro de la lógica de la llamada globalización.

Dinero, riqueza, mercado, mercantilización, son patrones insuficientes e inadecuados de organización y cohesión sociales, de reproducción y crecimiento, de coexistencia civilizada y solidaridad humana y social.

Segundo lado del triángulo: la *disolución social* se manifiesta como debilitamiento, disgregación, comienzo de la destrucción, de *grupos y tejidos sociales*. Ello va abarcando ante todo a una parte considerable de las clases campesinas; a marginales urbanos, trabajadores por cuenta propia, sectores menos calificados y organizados de la fuerza de trabajo. Va abarcando también a trabajadores calificados, pequeños y medianos empresarios, clases medias intelectuales y técnico-profesionales. Dentro de estos grupos, las víctimas se re-

¹⁶ Véase Marcos Kaplan, *El narcotráfico latinoamericano y los derechos humanos*, México, Comisión Nacional de Derechos Humanos, 1993.

clutan además predominantemente por sexo y edad (mujeres, ancianos, niños, adolescentes y jóvenes desempleados y de futuro incierto), y por etnias y regiones.

Estos grupos sufren la baja del empleo, el ingreso, el consumo, los servicios públicos, las infraestructuras, los satisfactores de las necesidades básicas, las carencias múltiples, el cierre virtualmente definitivo de las posibilidades de existencia y progreso, la generalización de la pobreza y la miseria. Ello lleva consigo la caída en la impotencia, la apatía, la marginalización, la desorganización social (prostitución, alcoholismo, drogadicción), la búsqueda de la supervivencia en las criminalidades proliferantes, la generalización de la inseguridad y la violencia.

Con los fragmentos o desechos provenientes de la disgregación de las *clases medias y populares* parecería irse constituyendo una *subclase* o *no clase de parias*, una *población redundante*. Ésta se desplaza, de la economía legal y la sociedad formalizada, a la economía informal y criminal, a la sociabilidad periférica o marginal, y a la *migración* internacional.

Descomposición económica y disolución social implican la baja y mala utilización, el despilfarro, la pérdida del potencial presentado por considerables grupos y sus relaciones, estructuras e interacciones. Esta amputación y destrucción de actores y tejidos sociales priva de protagonistas, fuerzas y recursos, de polos y ejes, de bases y alianzas, que son indispensables para el mero crecimiento económico y el desarrollo, la solidaridad social y la integración nacional, la continuidad y el cambio progresivo, la democratización política y un posible Estado de derecho.

En efecto, se deterioran o destruyen las cadenas productivas y se reducen la complejidad, los alcances y las potencialidades de la división social del trabajo. Se debilitan o desaparecen las identidades (individuales, sociales, colectivas), los marcos de referencia, la percepción y el aprovechamiento del abanico de posibilidades y alternativas, la imaginación y la creatividad socioculturales y políticas. Se abren o amplifican *brechas, discontinuidades y líneas de fractura* que contribuyen a una creciente *segmentación* de las naciones latinoamericanas.

Como reacción a los sentimientos generalizados de incertidumbre e inseguridad, tanto individuales como grupales y colectivos, un

individualismo exasperado busca la supervivencia a cualquier costo, las garantías y los logros de la gratificación de necesidades y de la realización personal en la inmediatez de lo privado, de lo familiar y de las solidaridades elementales. La evasión hacia la privacidad es favorecida por los medios de información y comunicación de masas y la industria del entretenimiento, como aparatos de manipulación, desinformación, “fábrica de sueños”; es también favorecida por el consumismo compulsivo; por las adicciones (drogas, alcohol).

La adaptación a lo existente que es dado como inmodificable conlleva la renuncia a la participación social, cultural y política mediante organizaciones, instituciones, movimientos, partidos. La protección para la supervivencia o un eventual progreso en lo individual y en lo colectivo es buscada mediante relaciones y formas de patronazgo, clientelismo y corporativismo. Las promesas de logros y satisfactores son de cumplimiento diferido o irreal. Los grupos e individuos que resultan víctimas son diferenciados y graduados según sus expectativas y logros. Se vuelven posibles y probables la caída en la indiferencia, la pasividad, la apatía, el conformismo, la despolitización, y con ello la aceptación de disciplinas sociales y políticas, a la vez impuestas por otros y autoimpuestas.

Tercer lado del triángulo diabólico: la descomposición económica y la disolución social se entrelazan e interactúan con *la conflictividad, la inestabilidad y la anarquización políticas*. La movilización y turbulencia sociales y las demandas de participación democrática encuentran respuestas restrictivas y represivas. Se mantiene el sometimiento de la población a una estructura piramidal de dominación, en la cual los grupos mayoritarios son subordinados a los centros de poder del Estado y hacia núcleos concentrados de poder privado. El prototipo vigente del *súbdito* prevalece sobre el prototipo inexistente o débil del *ciudadano*.

En la pirámide de dominación, en el Estado y la sociedad, prevalece en importancia y peso específico una constelación constituida por: grupos gobernantes y administradores; el establishment policiaco-militar (formal-legal y clandestino); los tecnoburócratas; los expertos en información y en comunicación; los políticos y gestores públicos; los representantes de grandes intereses privados; la delincuencia organizada en mafias económico-políticas; los poderes regionales y locales, sus aparatos, apéndices y periferias.

Estado, élites públicas, órdenes institucionales, grupos neoligárquicos, muchos de los partidos, operan en pro de la declinación del papel de los sectores medios y populares en la política y de su marginalización y despolitización. Modos y regímenes represivos aumentan la centralización y la propensión coactiva del Estado para la imposición de la autoridad, de la unidad orgánica, del consenso pasivo. Medidas legislativas y prácticas administrativas contra grupos mayoritarios son parte de un proceso general de intimidación, manipulación y corrupción por parte de grupos públicos y privados.

El peso de grupos dominantes, dentro del Estado y como influencias y controles externos a él, no es contrarrestado por la gravitación de los grupos mayoritarios. Marginados y dominados, fragmentados y desarticulados, sin proyectos propios, aquéllos son afectados además por las restricciones (legales y de hecho) a la participación. Se procura el debilitamiento o el dismantelamiento de toda forma de poder y autoridad que emane o pueda emanar de grupos mayoritarios o significativos, de sus organizaciones representativas y grupos intermedios.

Clases y grupos, organizaciones e instituciones carecen, en variables grados y alcances, de cohesión, conciencia y voluntad unificada, de representación eficaz, de aptitud para formular e imponer sus intereses y proyectos, y para constituir amplias coaliciones. Se multiplican las trabas y perturbaciones para la creación y uso de formas racionales de acción política, y para el logro de un amplio consenso sobre fines y tareas nacionales; las divergencias irreductibles; las situaciones de incoherencia, de equilibrio paralizante de fuerzas, de estancamiento catastrófico. Clases, fracciones, grupos, órdenes institucionales, partidos, contribuyen con sus participaciones a generar crisis que no están en condiciones de resolver, al tiempo que sufren y agravan sus crisis internas.

En las cumbres del sistema se mantienen o resurgen *tendencias* a la restricción y el abandono de las instituciones y regímenes de la democracia liberal; a su remplazo por regímenes más o menos pragmáticos y coyunturales; más o menos oligárquicos o dictatoriales; a la concentración y la personalización del poder; a la gestión monocrática del Estado (hacia y en la derecha y hacia y en la izquierda).

Una *crisis política* virtualmente permanente, a la vez orgánica y endémica en la mayoría de los países latinoamericanos, se abre a partir y a través de dos grandes líneas.

Por una parte, el camino de desarrollo neocapitalista desplaza, disuelve o reorganiza formas anteriores de dominación, e instaura las suyas propias. Masas de población son liberadas de jerarquías tradicionales, reestructuradas y movilizadas, incitadas a incrementar sus necesidades y demandas (empleo, ingreso, satisfactores sociales, progreso individual y colectivo, participación política). A la inversa, el neocapitalismo periférico despliega su dinámica marginalizante y multiplica las tensiones y conflictos. Los portadores y beneficiarios de los proyectos e intentos de desarrollo neocapitalista-periférico se inclinan en favor de la creciente concentración del poder y de un orden autoritario. Estado y grupos gobernantes, élites oligárquicas y órdenes institucionales (consorcios nacionales y transnacionales, fuerzas armadas, Iglesia), se reservan los principales centros e instrumentos de decisión y acción.

Grupos dirigentes y dominantes encuentran sin embargo crecientes dificultades para la reproducción y avance del sistema. Divididos en fracciones competitivas, enfrentados a movilizaciones y conflictos de difícil absorción e insuficiente control, presienten o constatan la amenaza de un creciente *entropía*. Situaciones recurrentes de lucha social, inestabilidad política, reducción de la legitimidad y del consenso, insuficiencia de la coerción normal, descontrol, vacíos de poder, crisis de hegemonía, se manifiestan y vehiculan, como antes se dijo, en la proliferación de ideologías, movimientos y partidos, regímenes y proyectos políticos. La mayoría de los intentos y experimentos políticos aparecen, en mayor o menor grado, a la vez como reflejo, continuidad y tentativa de superación de la crisis; afectan el orden político tradicional pero no lo debilitan ni transforman; en medidas variables lo preservan.

Estas circunstancias y fenómenos dificultan a la vez el mantenimiento de la vieja hegemonía oligárquica, su renacimiento con modalidades y recursos diferentes, pero también el avance y la vigencia de la democratización. Se evidencia la tensión estructural y la proclividad a las contradicciones, entre el modo de inserción en el sistema internacional y el crecimiento y la modernización neocapitalistas, por una parte, y la democratización y la crisis política por

la otra. Se intentan soluciones definitivas a las tensiones y contradicciones mediante regímenes variablemente autoritarios.

Las dictaduras de nuevo tipo en el Cono Sur son el *caso límite* de la crisis del Estado y de la democracia, de la concentración inédita del poder y del despliegue de una violencia multidimensional, en un grado y con una intensidad y alcances sin precedentes. Si bien aquéllas desaparecen de la escena a resultas de los recientes procesos de democratización, su naturaleza expresiva de fuertes y profundas tendencias estructurales las constituye en amenazas siempre latentes a la democracia y a las posibilidades de desarrollo progresivo.

Cabe señalar finalmente que las ocho décadas delimitadas entre el primer y el segundo Sarajevos incluyen en su balance el complejo y contradictorio proceso sufrido por el Estado latinoamericano. Aquél despliega, por una parte, fuertes tendencias estructurales al incremento de su intervencionismo, su autonomización y su rectoría de la economía, la sociedad y el sistema político, y a su conversión en actor central de los sistemas nacionales y de sus relaciones internacionales. Por otra parte, el Estado sufre las restricciones que le han ido imponiendo los parámetros externos e internos que antes se analizaron. Al mismo tiempo, un juego complejísimo de fuerzas y procesos le impiden su debilitamiento y su relegamiento a un papel secundario y, por el contrario, apuntan a la posibilidad de su resurgimiento protagónico, bajo una combinación de viejas y nuevas formas, en el drama del desarrollo latinoamericano.¹⁷

¹⁷ Para un análisis de las tendencias contradictorias en y del Estado, véase Marcos Kaplan, *El Estado latinoamericano*, op. cit.